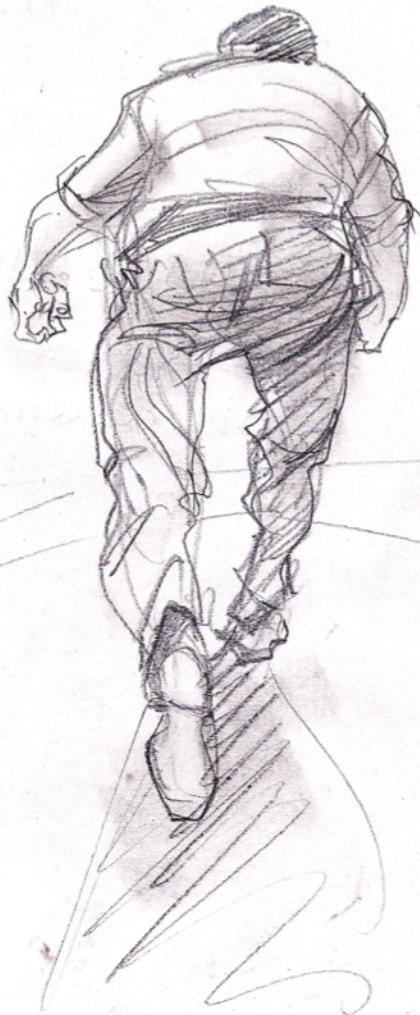


«En cuanto los impulsos conscientes se hallan siempre en relación con placer o displacer, puede también suponerse a estos últimos en una relación psicofísica con estados de estabilidad e inestabilidad, pudiendo fundarse sobre esta base la hipótesis, que más adelante desarrollaré detalladamente, de que cada movimiento psicofísico que traspasa el umbral de la conciencia se halla tanto más revestido de placer cuanto más se acerca a la completa estabilidad, a partir de determinado límite, o de displacer cuanto más se aleja de la misma, partiendo de otro límite distinto. Entre ambos límites, y como umbral cualitativo de las fronteras del placer y el displacer, existe cierta extensión de indiferencia estética...»

G. Th. Fechner, Algunas ideas sobre la historia de la creación y evolución de los organismos (1873)

SUS VAIS
A CAGAR.



Dibujos
Cristina Busto
&
Alvaro Monge

Por Almudena Baeza

Sigmund Freud

**Más allá
del
principio
del placer**



Algunos instintos o parte de ellos demuestran ser incompatibles, por sus fines o aspiraciones, con los demás, los cuales pueden reunirse formando la unidad del yo. Dichos instintos incompatibles son separados de esta unidad por el proceso de la represión, retenidos en grados más bajos del desarrollo psíquico y privados, al principio, de la posibilidad de una satisfacción. Si entonces consiguen —cosa en extremo fácil para los instintos sexuales reprimidos—llegar por caminos indirectos a una satisfacción directa o sustitutiva, este éxito, que en otras condiciones hubiese constituido una posibilidad de placer, es sentido por el yo como displacer.

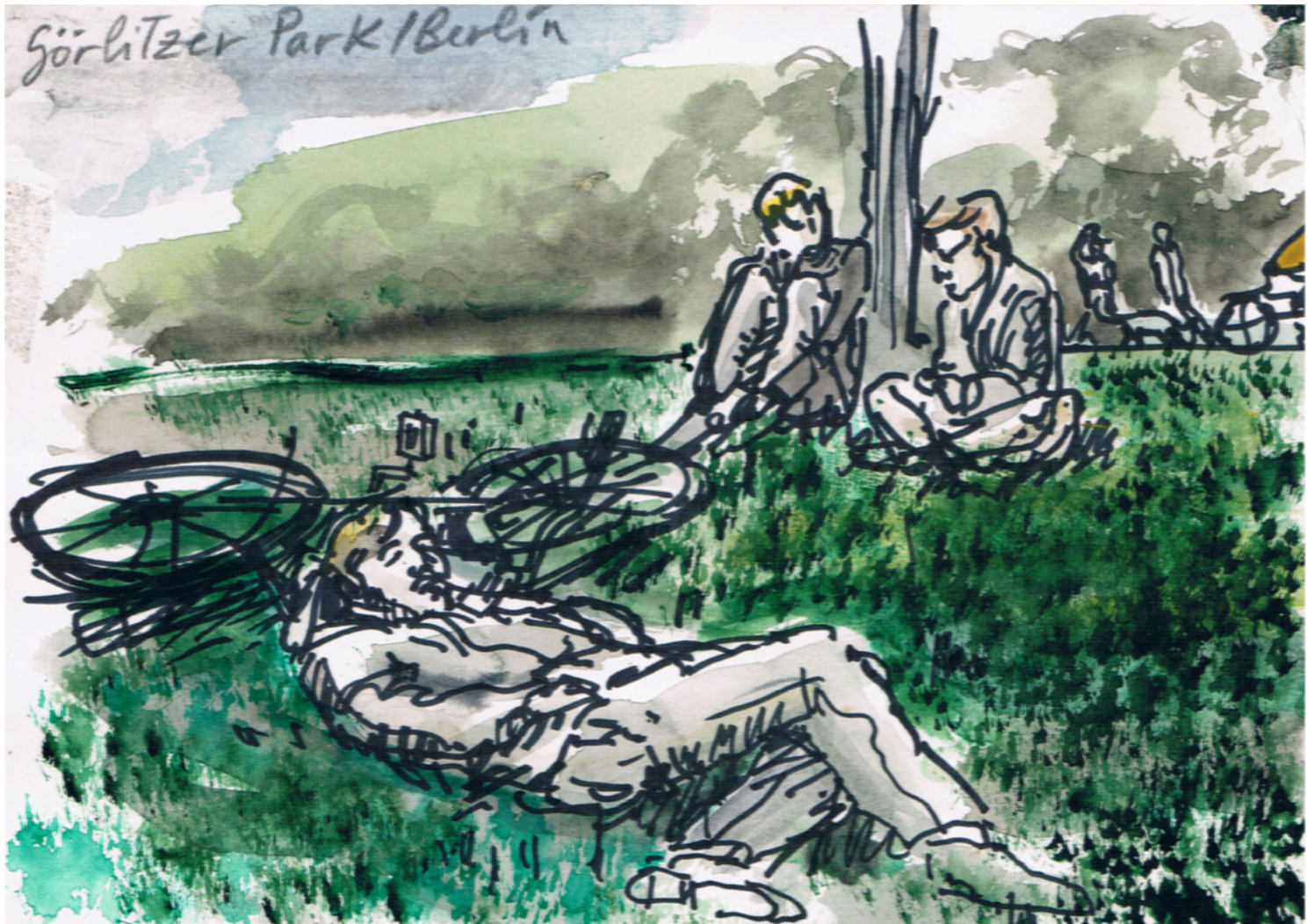


Con seguridad, todo displacer neurótico es de esta naturaleza:
placer que no puede ser sentido como tal.

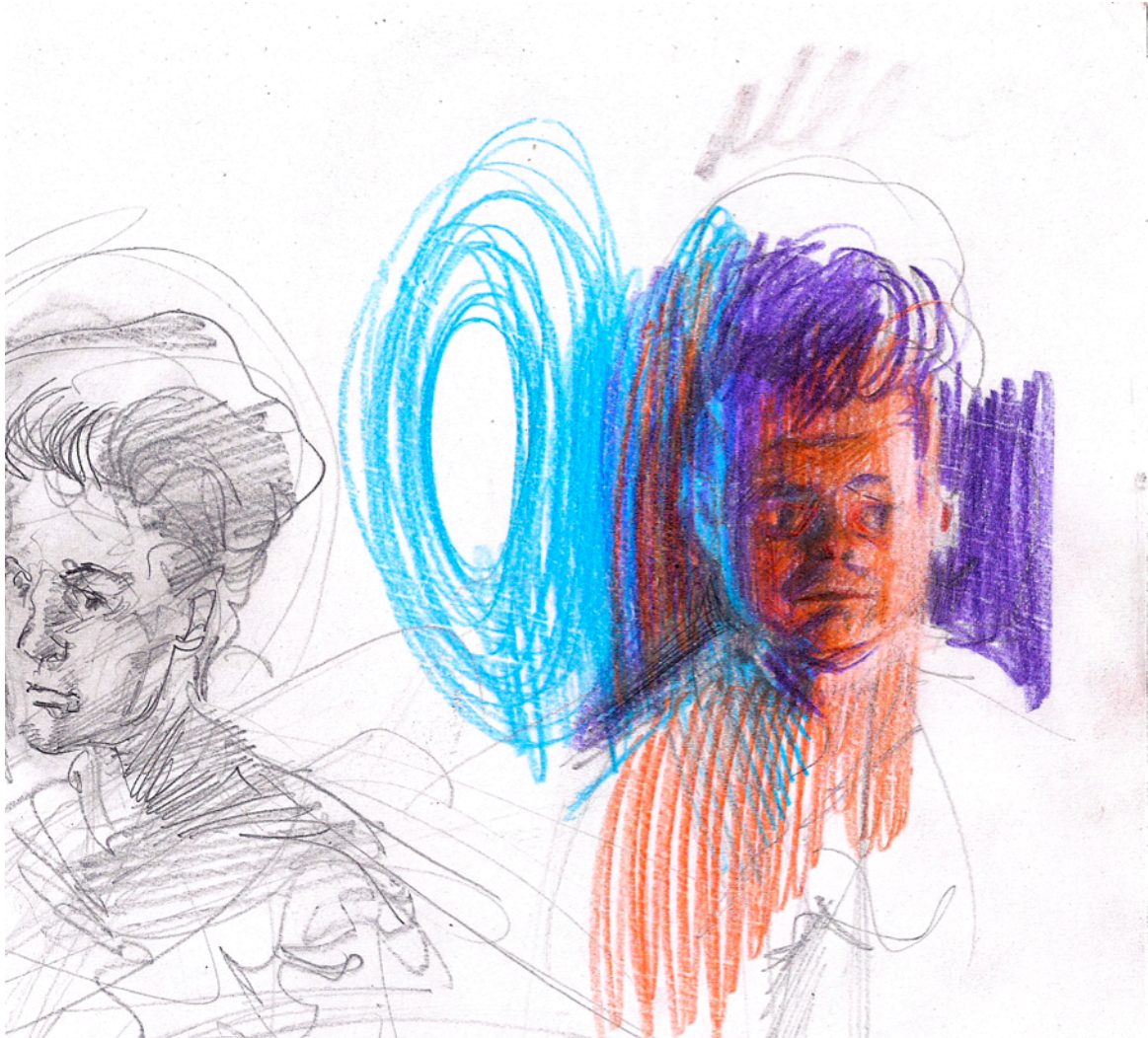
El cuadro de la neurosis traumática se acerca al de la histeria por su riqueza en análogos síntomas motores, más lo supera en general por los acusados signos de padecimiento subjetivo, semejantes a los que presentan los melancólicos o hipocondríacos, y por las pruebas de más amplia astenia general y mayor quebranto de las funciones anímicas.



Si los sueños de los enfermos de neurosis traumática no nos han de hacer negar la tendencia realizadora de deseos de la vida onírica, deberemos acogernos a la hipótesis de que, como tantas otras funciones, también la de los sueños ha sido conmocionada por el trauma y apartada de sus intenciones.



El enfermo hallaría, pues, por decirlo así, psíquicamente fijado al trauma



El niño tenía un carrito de madera atado a una cuerdecita, y no se le ocurrió jamás llevarlo arrastrando por el suelo, esto es, jugar al coche, sino que, teniéndolo sujeto por el extremo de la cuerda, lo arrojaba con gran habilidad por encima de la barandilla de su cuna haciéndolo desaparecer detrás de la misma. Lanzaba entonces su significativo o-o-o-o, y tiraba luego de la cuerda hasta sacar el carrito de la cuna, saludando su reaparición con un alegre «aquí». Este era, pues, el juego completo: desaparición y reaparición,



El niño permitía sin resistencia alguna la marcha de la madre porque luego se resarcía poniendo en escena la misma desaparición y retorno con los objetos que a su alcance encontraba.

**En el caso aquí
discutido, la única razón
de que el niño repitiera
como juego una
impresión desagradable
era la de que a dicha
repetición se enlazaba
una consecución de
placer de distinto
género, pero más directa**



La imitación y el juego artístico de los adultos, que, a diferencia de los infantiles, van dirigidos ya hacia espectadores, no ahorran a éstos las impresiones más dolorosas —así en la tragedia—, las cuales, sin embargo, pueden ser sentidas por ellos como un elevado placer. De este modo llegamos a la convicción de que también bajo el dominio del principio del placer existen medios y caminos suficientes para convertir en objeto del recuerdo y de la elaboración psíquica lo desagradable en sí.



Quizá con estos casos y situaciones, que tienden a una final consecución de placer, pueda construirse una estética económicamente orientada



La cuestión principal se hallaba en vencer las resistencias del enfermo, y el arte consistía en descubrirlas lo antes posible, mostrárselas al paciente y moverle por un influjo personal —sugestión actuante como transferencia— a hacer cesar las resistencias.



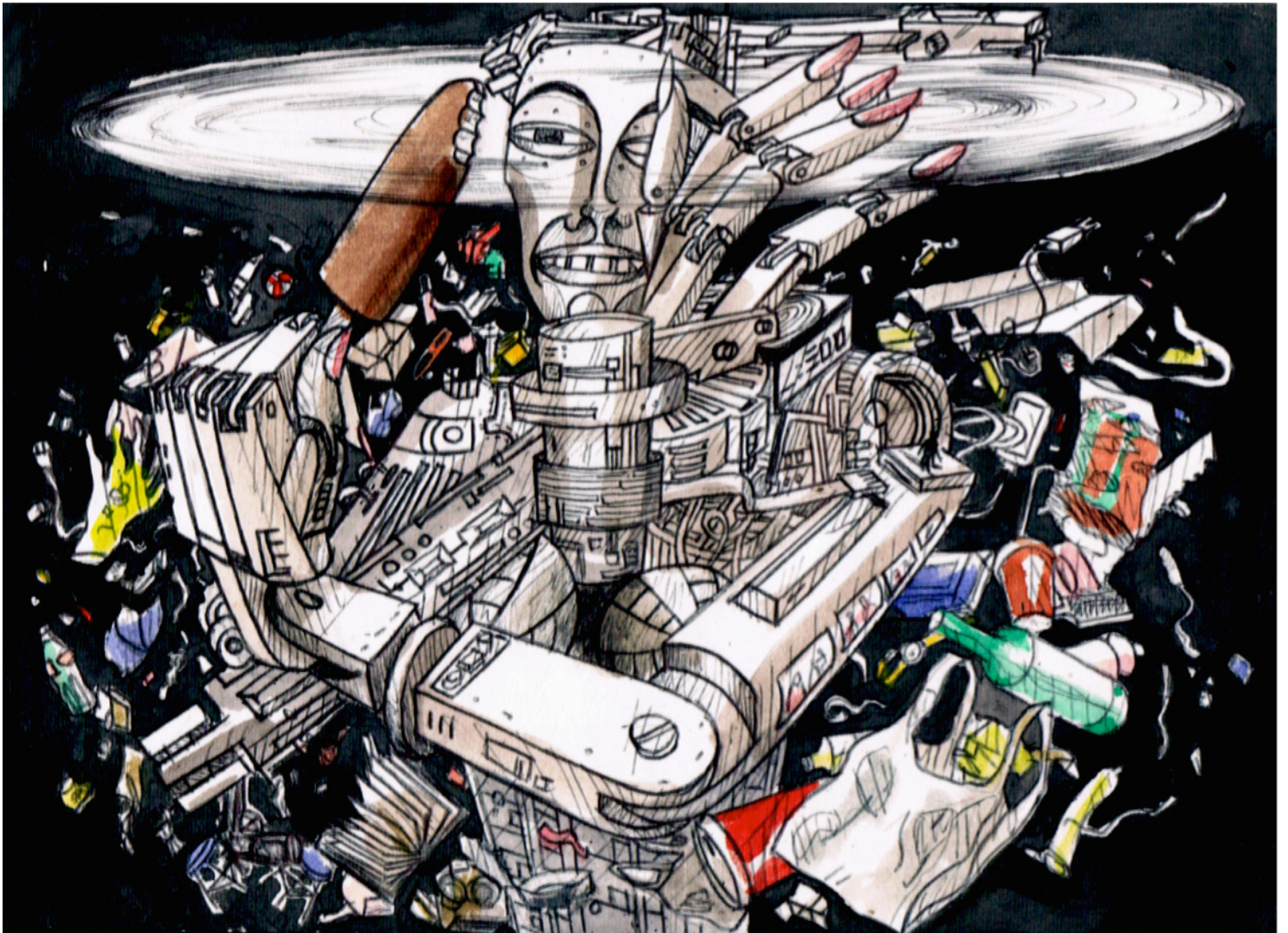
Hízose entonces cada vez más claro que el fin propuesto, el de hacer consciente lo inconsciente, no podía tampoco ser totalmente alcanzado por este camino.

El enfermo puede no recordar todo lo en él reprimido, puede no recordar precisamente lo más importante y de este modo no llegar a convencerse de la exactitud de la construcción que se le comunica, quedando obligado a repetir lo reprimido, como un suceso actual, en vez de —según el médico desearía— recordarlo cual un trozo del pasado

Es indudable que la resistencia del yo consciente e inconsciente se halla al servicio del principio del placer, pues se trata de ahorrar el displacer que sería causado por la libertad de lo reprimido.



¿en qué relación con el principio del placer se halla la obsesión de repetición en la que se manifiesta la energía de lo reprimido?



La mayor parte de lo que la obsesión de repetición hace vivir de nuevo tiene que producir disgustos al yo, pues saca a la superficie funciones de los sentimientos reprimidos; más es éste un displacer que, como ya hemos visto, no contradice al principio del placer: displacer para un sistema y al mismo tiempo satisfacción para otro.

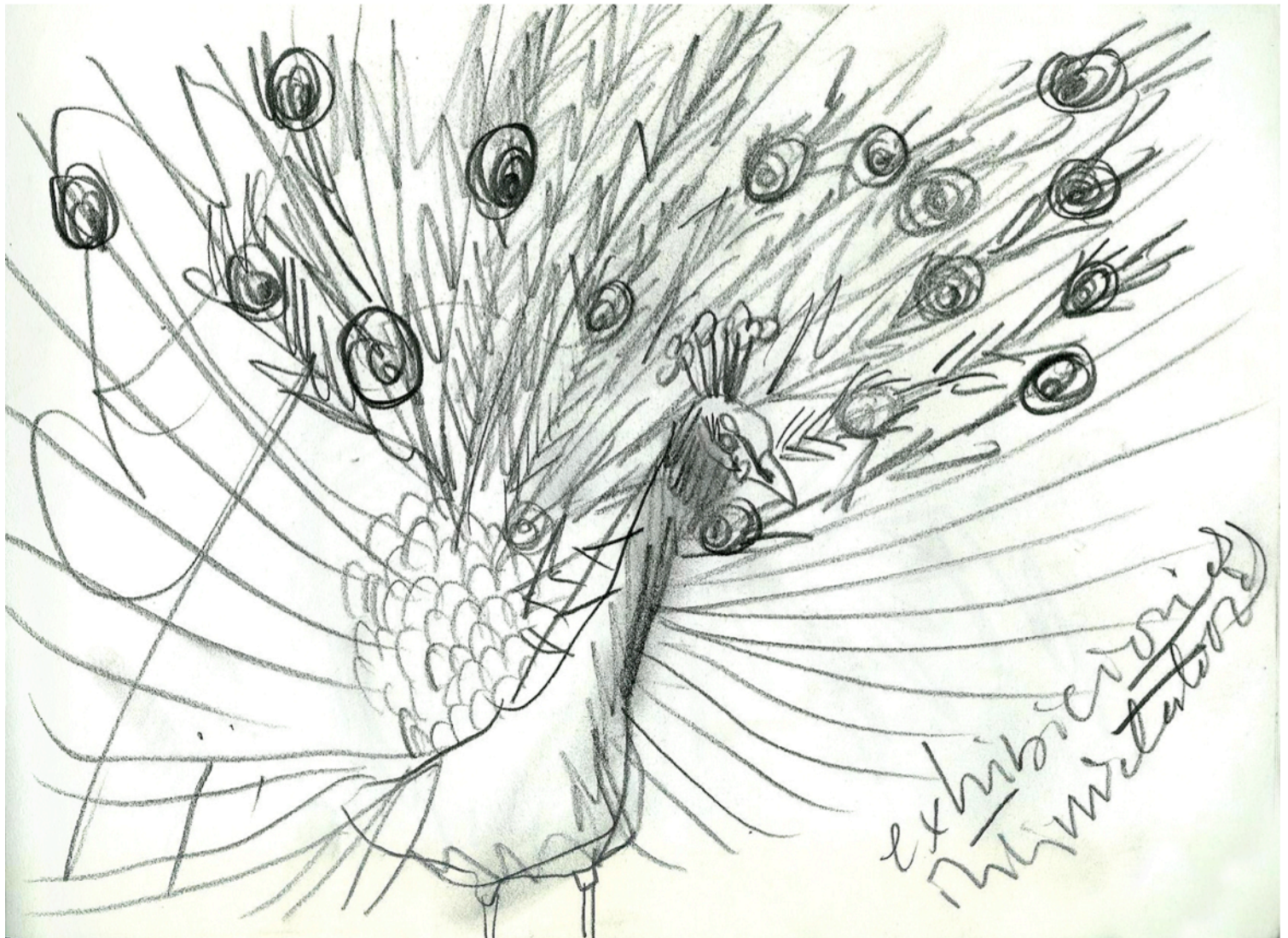


La primera flor de la vida sexual infantil se hallaba destinada a sucumbir a consecuencia de la incompatibilidad de sus deseos con la realidad y de la insuficiencia del grado de evolución infantil, y, en efecto, sucumbió entre las más dolorosas sensaciones.



La pérdida de amor y el fracaso dejaron tras sí una duradera influencia del sentido del yo, como una cicatriz narcisista

**constituye la mayor
aportación al frecuente
sentimiento de
inferioridad de los
neuróticos.**



Todas estas dolorosas situaciones afectivas y todos estos sucesos indeseados son resucitados con gran habilidad y repetidos por los neuróticos en la transferencia. El enfermo (...) sabe crearse de nuevo la impresión de desprecio, obligando al médico a dirigirle duras palabras y a tratarle con frialdad



Los fenómenos de la transferencia se hallan claramente al servicio de la resistencia por parte del yo, que, obstinado en la represión y deseo de no quebrantar el principio del placer, llama en su auxilio a la obsesión de repetición.

la cual parece ser más primitiva, elemental e instintiva que el principio del placer al que se sustituye



podemos, pues, suponer
que la conciencia
y la impresión de una
huella mnémica son
incompatibles para el
mismo sistema.



El sistema consciente se caracterizaría por la peculiaridad de que el proceso de la excitación no deja en él, como en todos los demás sistemas psíquicos, una transformación duradera de sus elementos, sino que se gasta en el fenómeno del devenir consciente.

Tal desviación de la regla tiene que ser motivada por la situación ya expuesta del sistema consciente, esto es, su inmediata proximidad al mundo exterior.

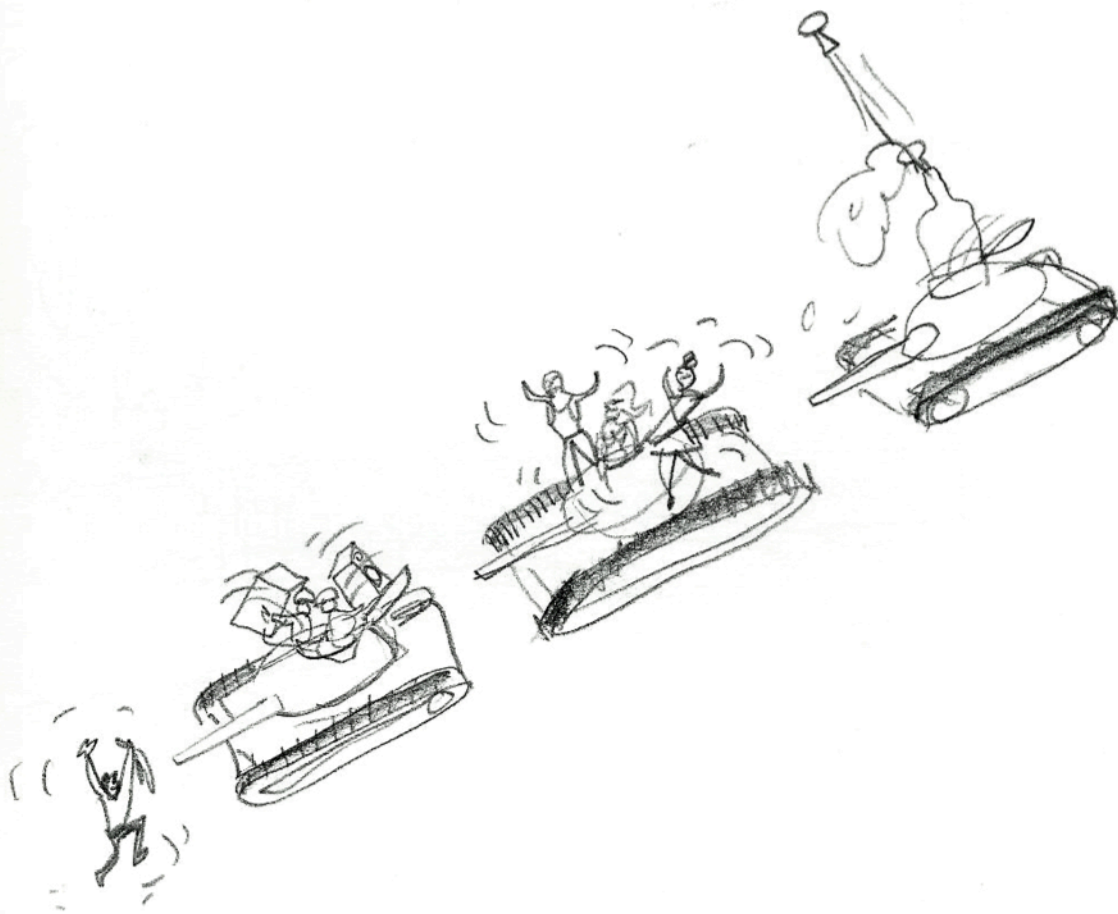


Podemos atribuir al sistema preconscious una localización. Tiene que hallarse situado en la frontera entre el exterior y el interior, estar vuelto hacia el mundo exterior y envolver a los otros sistemas psíquicos.



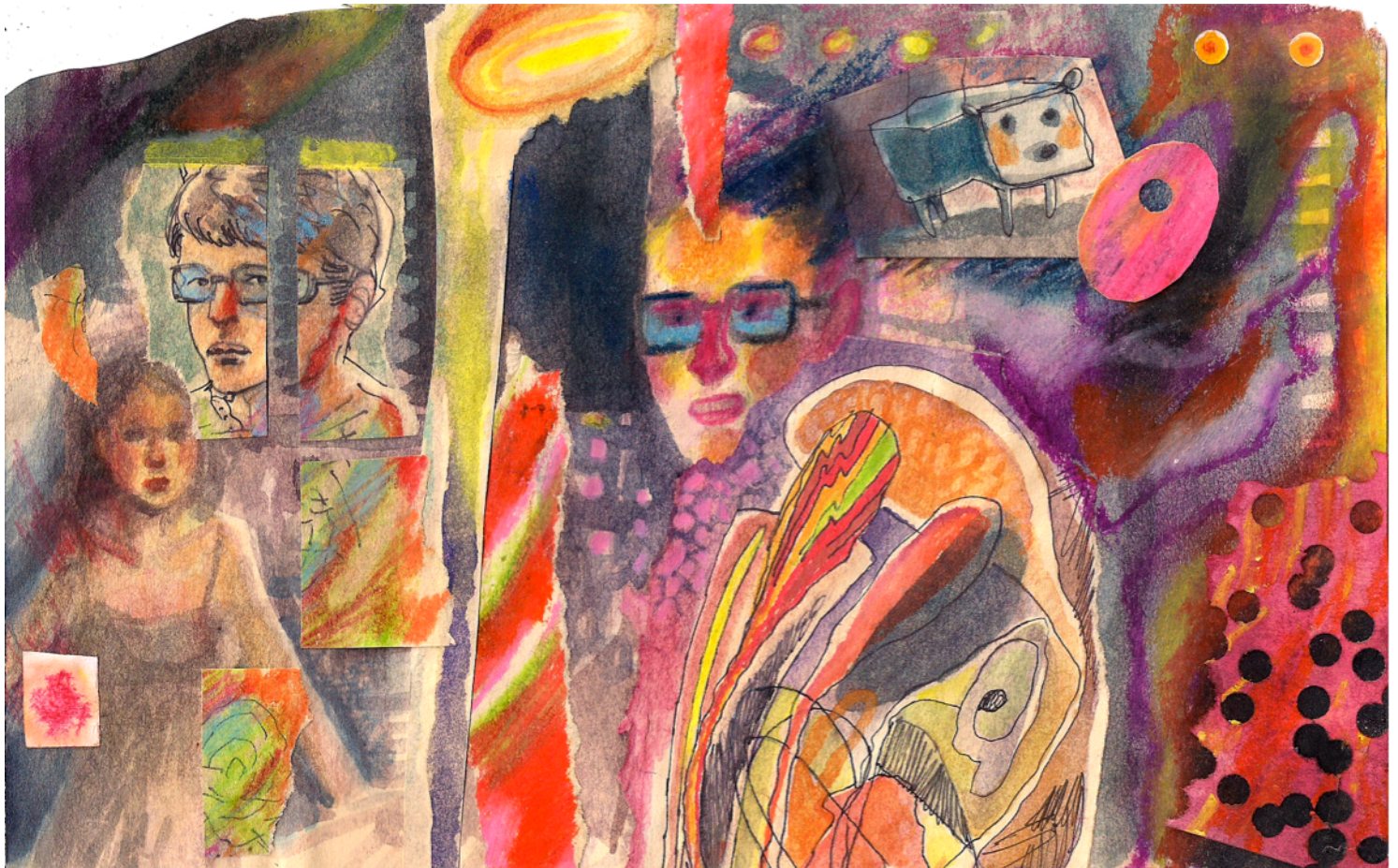
Contra el exterior existe una protección mas contra las excitaciones procedentes del interior no existe defensa alguna; las excitaciones de las capas más profundas se propagan directamente al sistema sin sufrir la menor disminución, y crean en él sensaciones de placer y displacer.

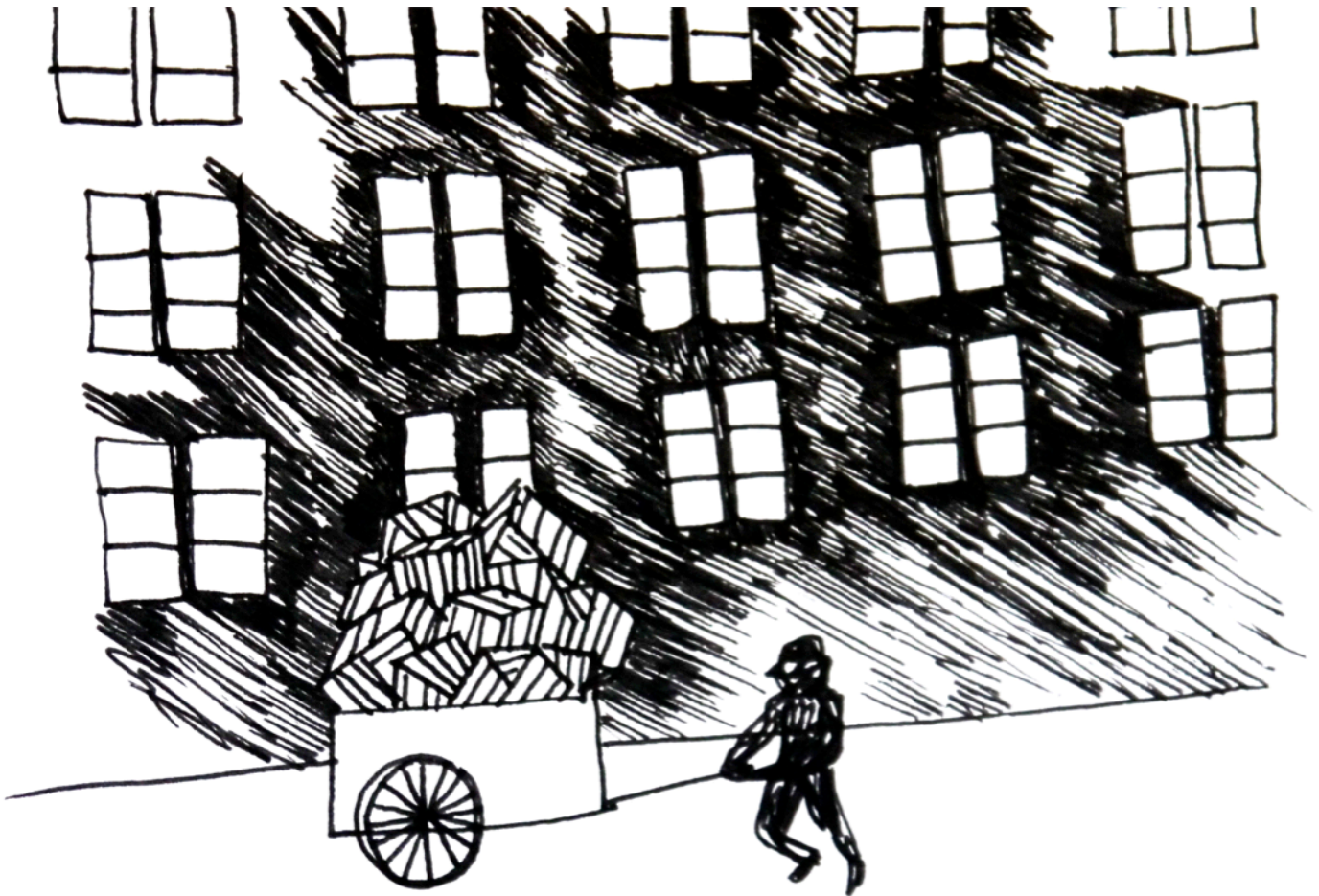




La angustia representa, con la sobrecarga de los sistemas receptores, la última línea de defensa de la protección contra las excitaciones. En una gran cantidad de traumas puede ser el factor decisivo para el resultado final la diferencia entre el sistema no preparado y el preparado por sobrecarga. Mas esta diferencia carecerá de toda eficacia cuando el trauma supere cierto límite de energía. Si los sueños de los enfermos de neurosis traumática reintegran tan regularmente a los pacientes a la situación del accidente, no sirve con ello a la realización de deseos, cuya aportación alucinatoria ha llegado a constituir, bajo el dominio del principio del placer, su función peculiar. Pero nos es dado suponer que actuando así se ponen a disposición de otra labor, que tiene que ser llevada a cabo antes que el principio del placer pueda comenzar su reinado. Estos sueños intentan conseguirlo desarrollando la angustia, el dominio de la excitación, cuya negligencia ha llegado a ser la causa de la neurosis traumática.

Los sueños de angustia obedecen a la obsesión de repetición, que en el análisis es apoyada por el deseo —no inconsciente— de hacer surgir lo olvidado y reprimido.





los procesos que se desarrollan en los sistemas inconscientes son distintos por completo de los que tienen lugar en los (pre)-conscientes. Las cargas en el inconsciente pueden ser fácil y totalmente transferidas, desplazadas y condensadas, sin embargo, con el material preconsciente dichos procesos no pueden dar sino defectuosos resultados.

Correspondería entonces a las capas superiores del aparato anímico la labor de ligar la excitación de las pulsiones, característica del proceso primario. El fracaso de esta ligadura haría surgir una perturbación análoga a las neurosis traumáticas. Sólo después de efectuada con éxito la ligadura podría imponerse sin obstáculos el reinado del principio del placer o de su modificación; el principio de la realidad.



la obsesión de repetir, en la transferencia, los sucesos de su infancia nos muestra que las reprimidas huellas mnémicas de las experiencias primeras del neurótico no se hallan en él en estado de ligadura, ni son capaces del proceso secundario (pre) consciente.



**¿De qué modo se halla
en conexión lo
instintivo con la
obsesión de repetición?**

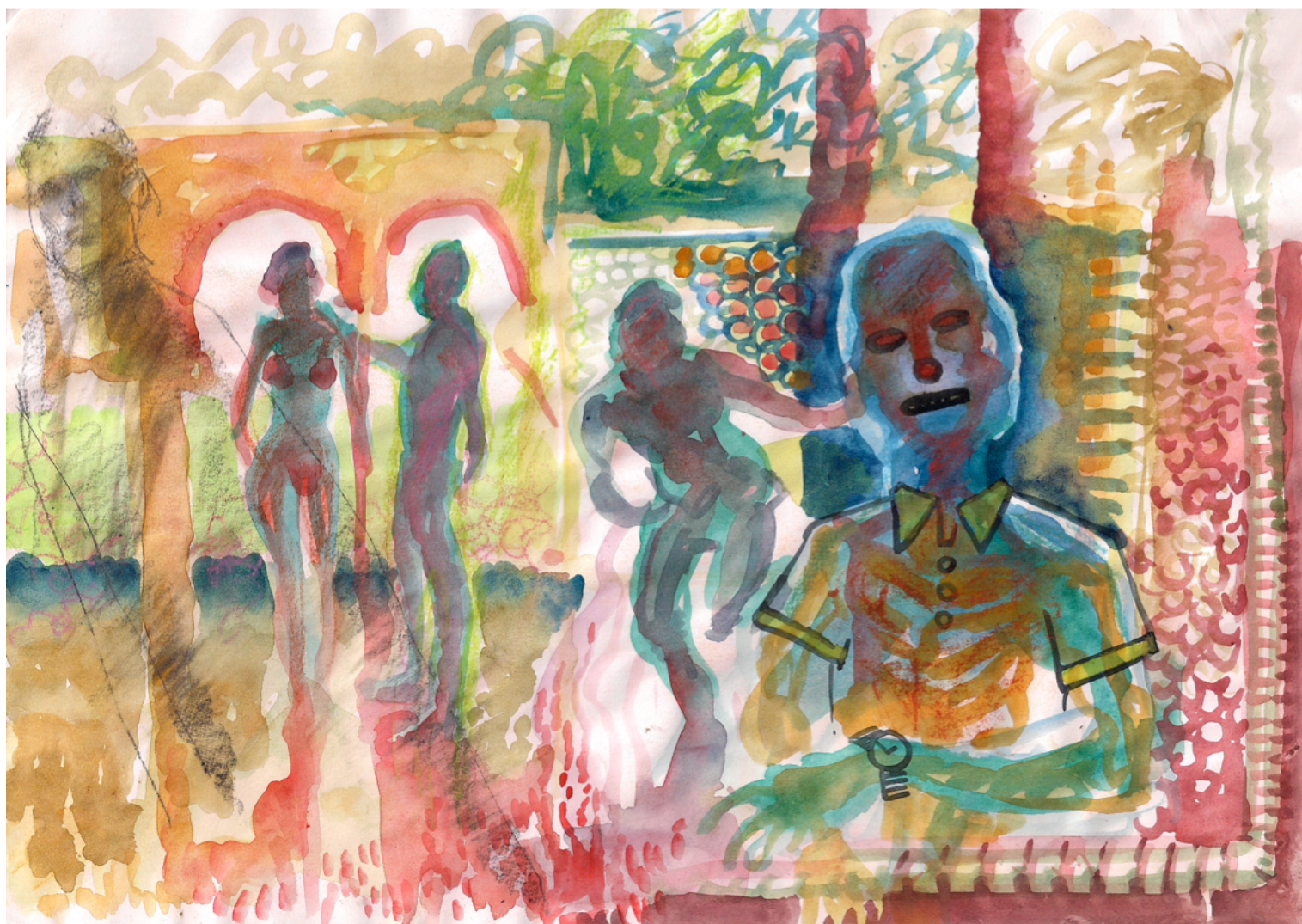


**Un instinto sería una tendencia
propia de lo orgánico vivo a la
reconstrucción de un estado anterior
[el estado inorgánico, por ejemplo]**

La tendencia dominante de la vida psíquica, y quizá también de la vida nerviosa, la aspiración a aminorar, mantener constante o hacer cesar la tensión de las excitaciones internas (el principio de "nirvana", según expresión de Bárbara Low), tal y como dicha aspiración se manifiesta en el principio del placer, es uno de los más importantes motivos para creer en la existencia de instintos de muerte.



[Se trata, creo, de demostrar que el impulso de muerte tiene una utilidad para la vida más allá del principio del placer. Y es que el principio del placer "conduce a la nivelación de las tensiones químicas; esto es, a la muerte mientras que la unión con una sustancia animada, individualmente diferente, eleva dichas tensiones y aporta, por decirlo así, nuevas diferencias vitales, que tienen luego que ser agotadas viviéndolas". Si no he entendido mal, "agotar la vida viviéndola" es la oportunidad que el impulso de muerte nos ofrece. Se trata de morir cada uno a su manera, porque si sólo siguiéramos al principio del placer, no haríamos el más mínimo esfuerzo por permanecer con vida y, aún menos, por reproducirnos.]



**[Aunque] la meta de
toda vida es la muerte**



**La tensión, entonces
generada en la antes
inanimada materia,
intentó nivelarse,
apareciendo así el
primer instinto: el de
volver a lo inanimado**



el organismo viviente se rebela enérgicamente contra actuaciones (peligros) que podían ayudarle a alcanzar por un corto camino (por cortocircuito, pudiéramos decir) su fin vital; pero esta conducta es lo que caracteriza precisamente a las tendencias puramente instintivas, diferenciándolas de las tendencias inteligentes.

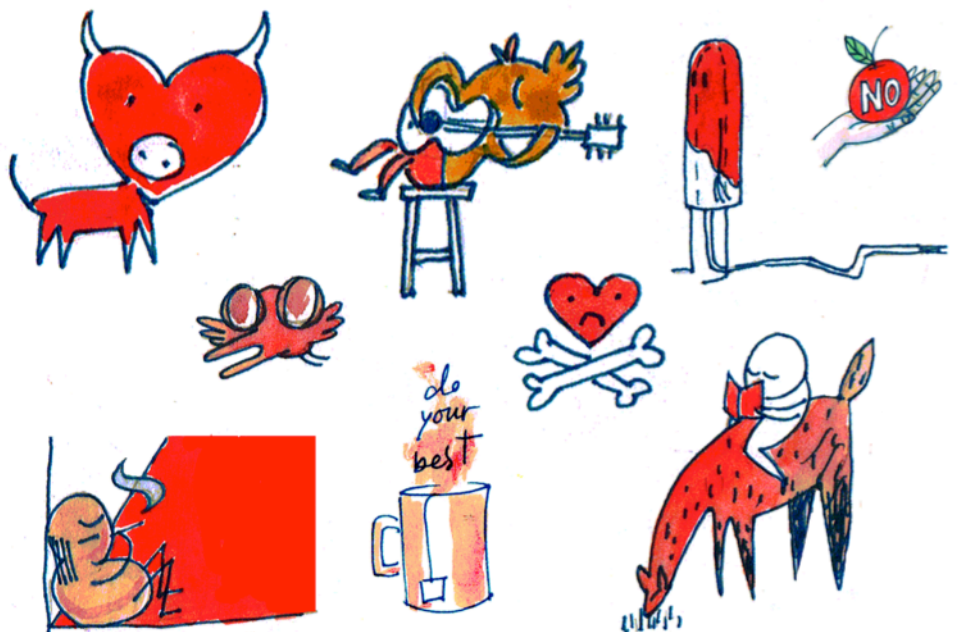


tampoco todos los organismos elementales que componen el complicado cuerpo de un ser animado superior recorren con él todo el camino evolutivo hasta la muerte natural. Algunos de ellos —las células germinativas— conservan probablemente la estructura primitiva de la sustancia viva

De este modo se oponen estas células germinativas a la muerte de la sustancia viva y saben conseguir para ella aquello que nos tiene que aparecer como inmortalidad potencial, aunque quizá no signifique más que una prolongación del camino hacia la muerte



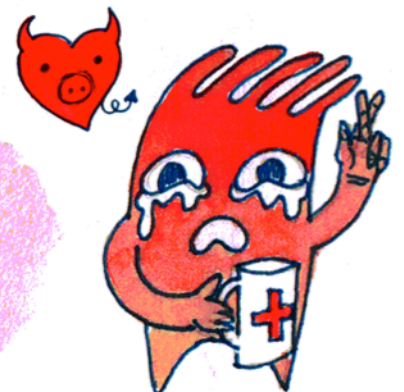
Los instintos que cuidan de los destinos de estos organismos elementales constituyen el grupo de los instintos sexuales



HAZTE
FUERTE

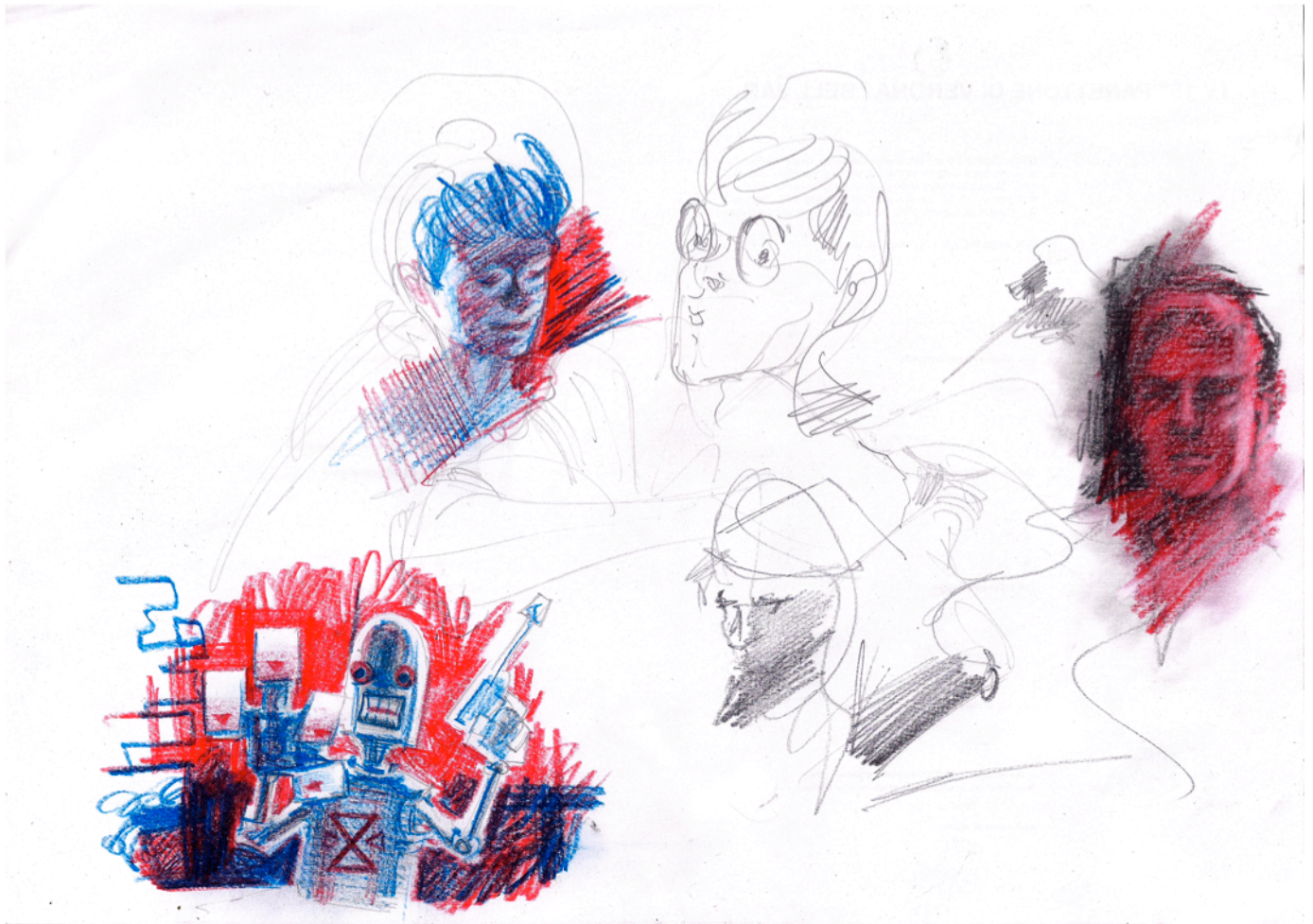


NI
HABLAR



Son los verdaderos
instintos de vida





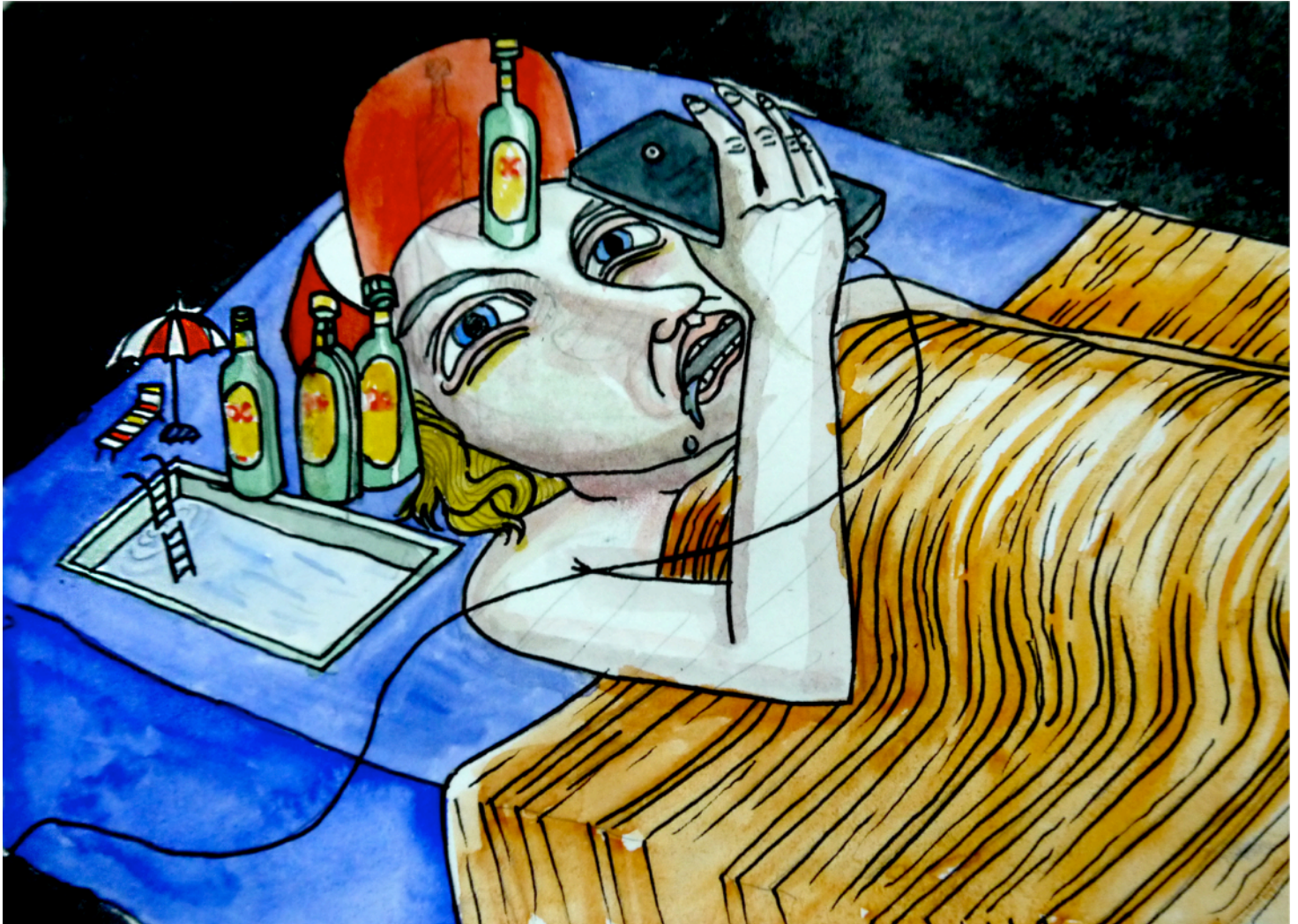
los instintos que posteriormente han de ser calificados de sexuales emprendieron su labor contra los instintos del yo

Para muchos de nosotros es difícil prescindir de la creencia de que en el hombre mismo reside un instinto de perfeccionamiento que le ha llevado hasta su actual grado elevado de función espiritual y sublimación ética y del que debe esperarse que cuidará de su desarrollo hasta el superhombre.

Mas, por mí parte, no creo en tal instinto interior y no veo medio de mantener viva esta benéfica ilusión. El desarrollo humano hasta el presente me parece no necesitar explicación distinta del de los animales, y lo que de impulso incansable a una mayor perfección se observa en una minoría de individuos humanos puede comprenderse sin dificultad como consecuencia de la represión de los instintos, proceso al que se debe lo más valioso de la civilización humana.



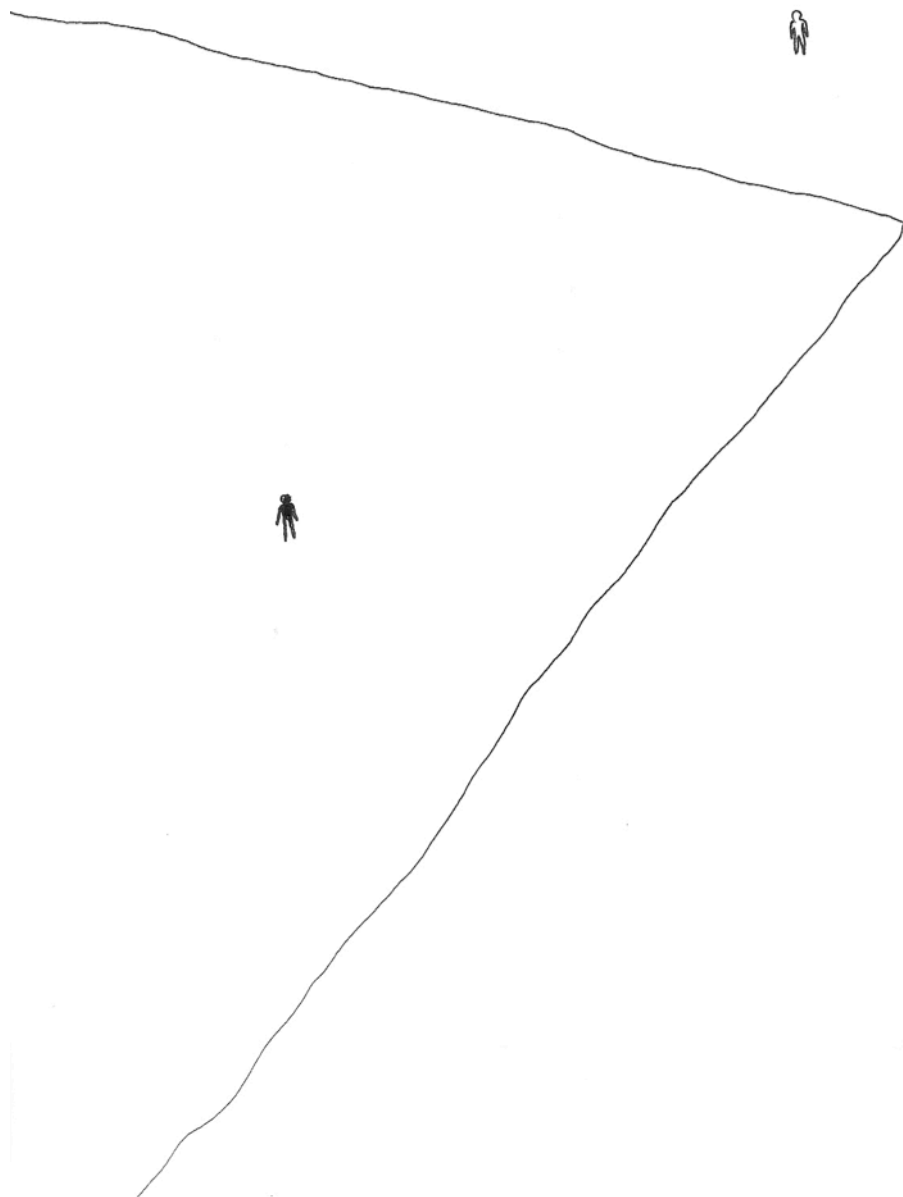
El instinto reprimido no cesa nunca de aspirar a su total satisfacción, que consistiría en la repetición de un satisfactorio suceso primario. Todas las formaciones sustitutivas o reactivas, y las sublimaciones, son insuficientes para hacer cesar su permanente tensión.





El camino hacia atrás, hacia la total satisfacción, es siempre desplazado por las resistencias que mantienen la represión, y de este modo no queda otro remedio sino avanzar en la dirección evolutiva que permanece libre, aunque sin esperanza de dar fin al proceso y poder alcanzar la meta. Los procesos que tienen lugar en el desarrollo de una fobia neurótica, perturbación que no es más que un intento de fuga ante una satisfacción instintiva, nos dan el modelo de la génesis de este aparente «instinto de perfeccionamiento»

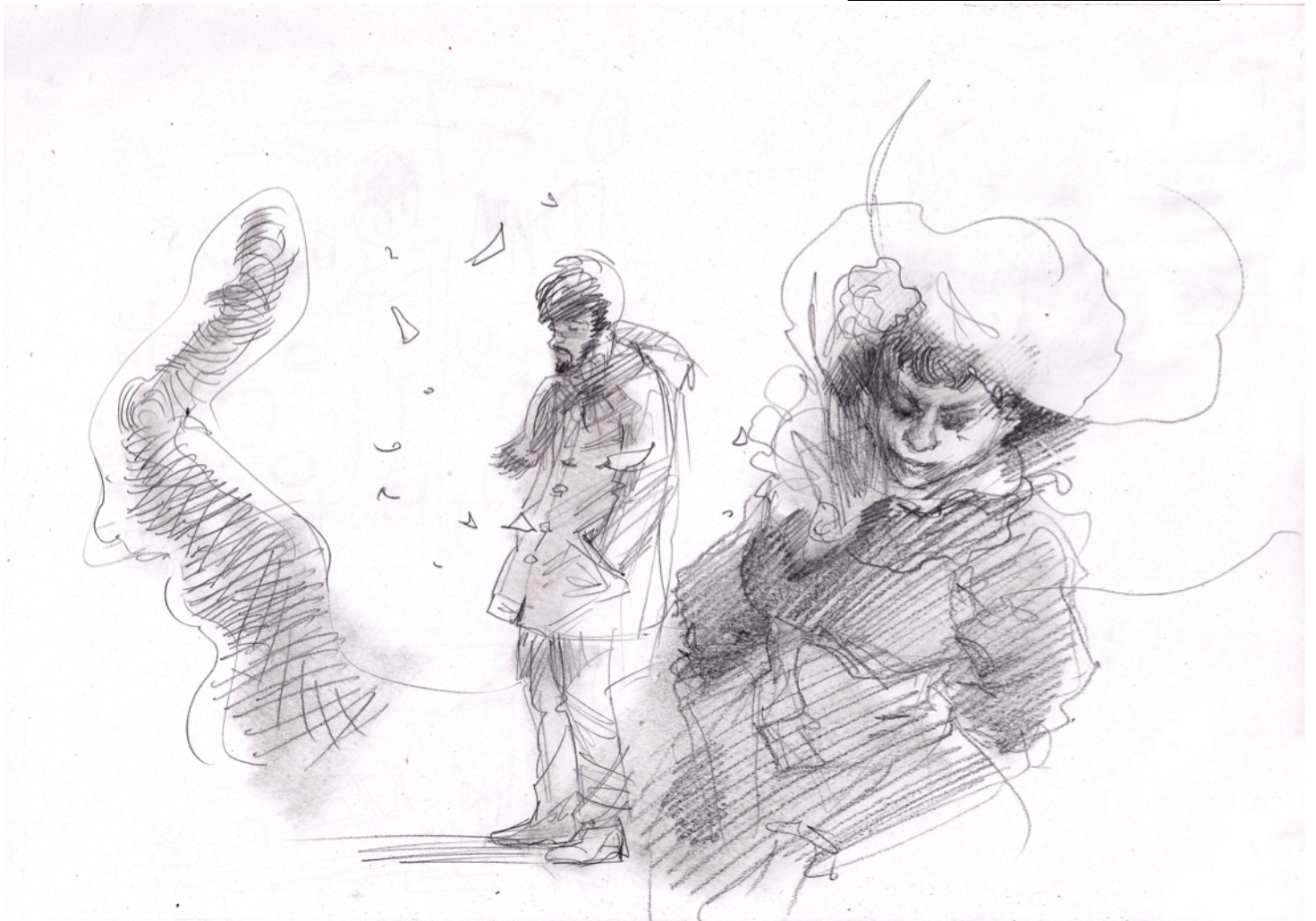
**que se se establezca una
franca oposición, entre
los «instintos del yo» y
los instintos sexuales,
haciendo que los
primeros tiendan a la
muerte y los segundos a
la conservación de la
vida, no llega a
satisfacernos**



La libido es regularmente retirada del objeto y vuelta hacia el yo

El yo pasó, por tanto, a ocupar un puesto entre los objetos sexuales

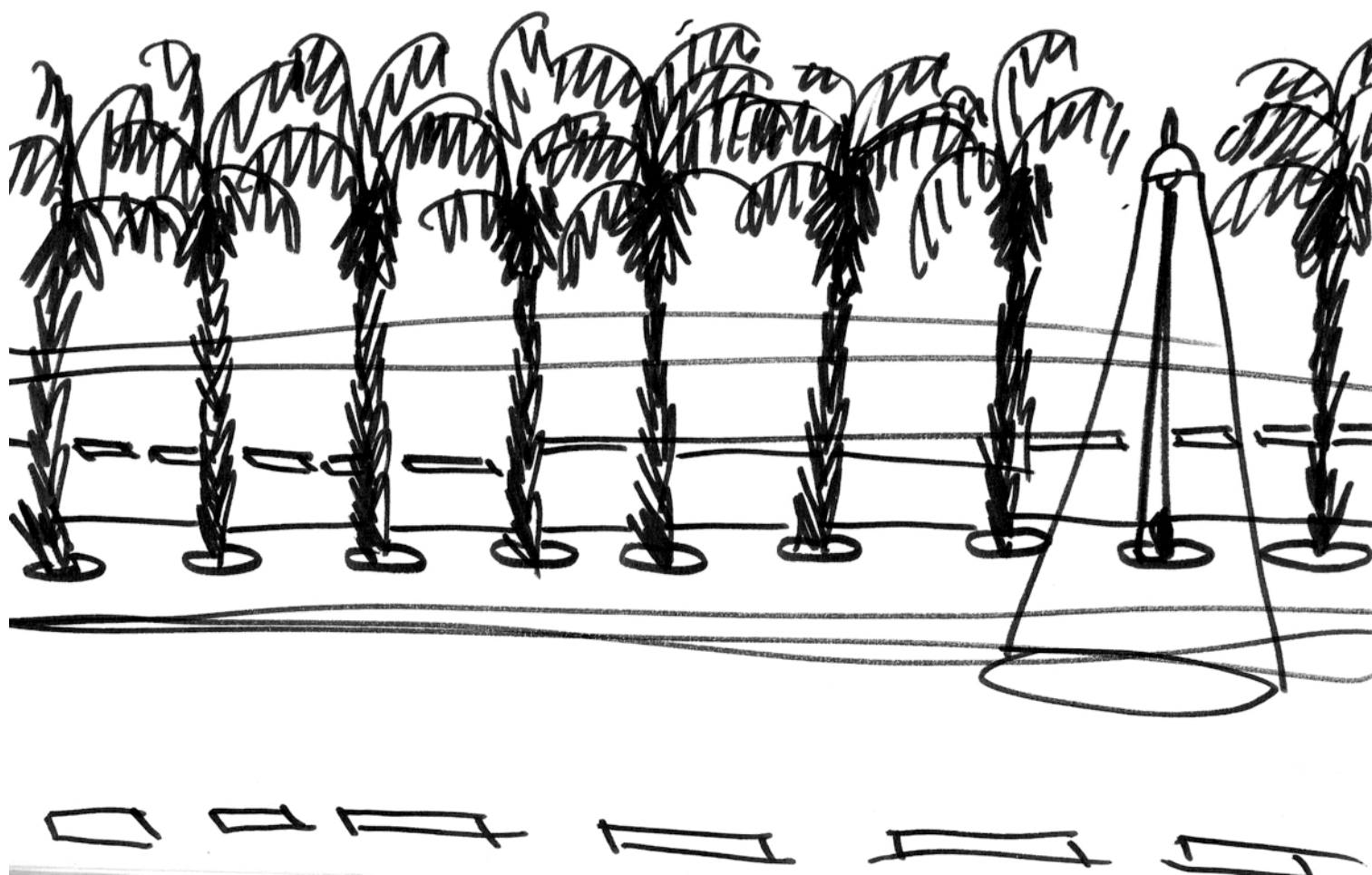
Cuando la libido permanecía así en el yo, se la denominó narcisista



una nueva interrogación: si también los instintos de conservación son de naturaleza libidinosa, no existirán entonces sino instintos libidinosos

denominamos de nuevo las antítesis, no ya instintos del yo e instintos sexuales, sino instintos de vida e instintos de muerte





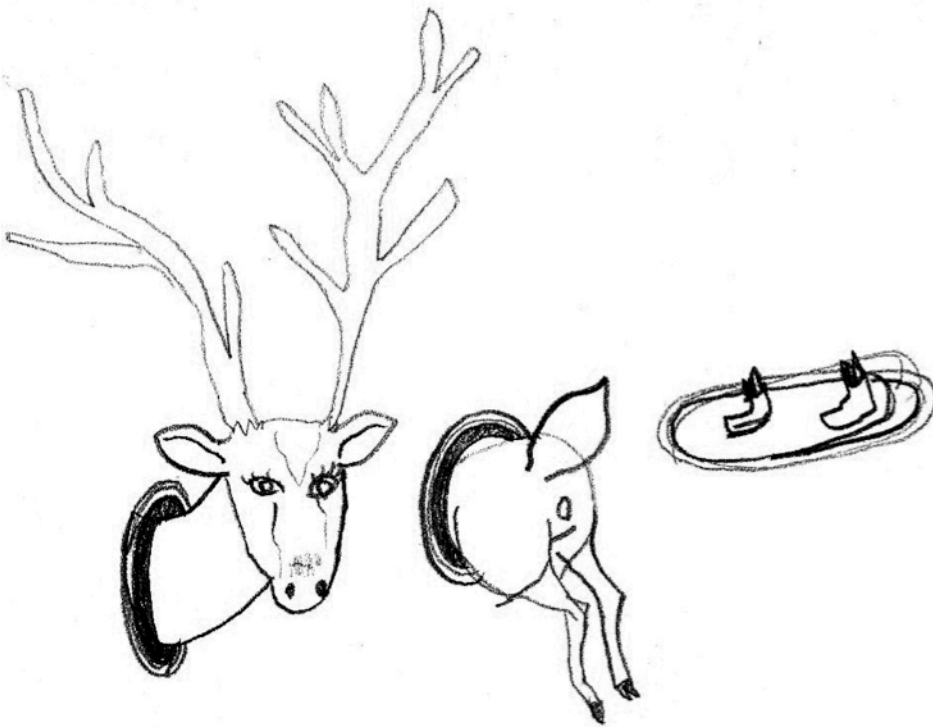
La afirmación del carácter regresivo de los instintos reposa ciertamente en material observado: en los hechos de la obsesión de repetición.

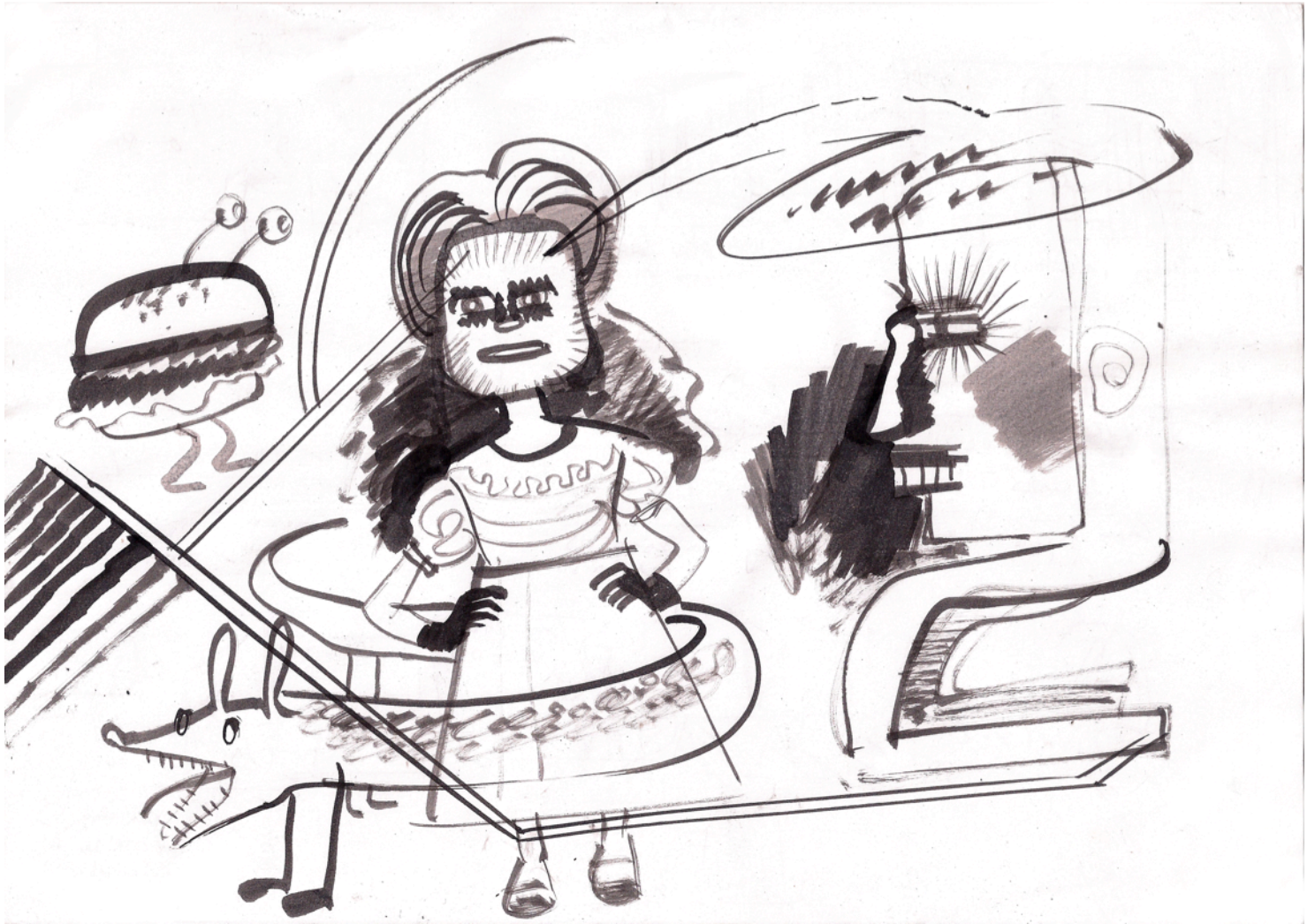
El principio del placer parece hallarse al servicio de los instintos de muerte, aunque también vigile a las excitaciones exteriores, que son consideradas como un peligro por las dos especies de instintos, pero especialmente a las elevaciones de excitación procedentes del interior, que tienden a dificultar la labor vital



El principio del placer será entonces una tendencia que estará al servicio de una función encargada de despojar de excitaciones el aparato anímico, mantener en él constante el montante de la excitación o conservarlo lo más bajo posible. No podemos decidirnos seguramente por ninguna de estas tres opiniones, pero observamos que la función así determinada tomaría parte en la aspiración más general de todo lo animado, la de retornar a la quietud del mundo inorgánico.

Es también harto extraño que los instintos de vida sean los que con mayor intensidad registra nuestra percepción interna, dado que aparecen como perturbadores y traen incesantemente consigo tensiones cuya descarga es sentida como placer, mientras que los instintos de muerte parecen efectuar silenciosamente su labor.





**"Si no se puede avanzar volando, bueno es progresar cojeando,
pues está escrito que no es pecado el cojear"**

Rückert: Die Mekamen des al-Hariri